

ENTREVISTA A HUGO BLEICHMAR

Josefina Figueroa.
Marcello Girardi.

Conversar con Hugo Bleichmar fue un gusto. Fue un encuentro con un caballero, discreto, sin estridencias. Y con un científico. Riguroso, respetuoso, honesto. Su presencia es tan impecable que, en un primer momento podría resultar intimidante, pero emana de él una humanidad que termina siendo balsámica. Transmite afecto y benevolencia por nuestra acontecida condición humana. Él cree ser muy parecido a su padre, pero nos parece que tiene mucho de su madre. Ya verán por qué.

En medio del ajetreo del Vigésimo Séptimo congreso de Fepal, la entrevista tuvo una cualidad antitética: nuestro entrevistado logró armar un espacio que nos fue envolviendo poco a poco, en que reinó la calma, el tráfigo del Congreso se alejó durante nuestro encuentro y más nos sentíamos como si hubiéramos estado bajo la sombra de un parrón, sin apuro, conversando sin tiempo, sin apremio. Gran creación de Hugo Bleichmar, gran cualidad para un Psicoanalista. Vamos a lo que nos contó...

Para empezar cuéntanos un poco sobre tus orígenes, tú familia, y cómo llegaste al psicoanálisis.

Bueno, primero les quiero contar sobre un libro que escribió un amigo mío, un investigador en neurofisiología básica que escribió su biografía y al libro lo tituló “Autobombo”... (risas)...era muy irónico y yo tengo la sensación de que esta entrevista puede tener las mismas características porque siempre uno en realidad habla desde cierta imagen ideal, uno no va a contar lo peor, de modo que voy a tratar de que no sea excesivamente autobombo...

Vamos a tratar nosotros de que nos cuentes algo de lo peor también (risas)...

De acuerdo, de acuerdo... Creo que algunas cosas me marcaron, me marcaron las características de mis padres, muy opuestas. Mi padre era un judío muy independiente, anarquista, no por ideología sino en su forma de ser dentro del judaísmo, tanto que el día sagrado de los judíos, el día de Yom Kipur me mandaba al colegio, vestido con el guardapolvo, por la calle judía mientras el resto de la gente me insultaba... Era muy independiente, muy firme en sus convicciones...

Mi padre era de Lituania, mi madre era de Argentina.

Como les decía, mi padre era muy iconoclasta, muy racional, con una lógica muy fría y le encantaba discutir; mi madre era lo opuesto, no en la racionalidad sino en el sentido de que trataba de limar asperezas. Como una anécdota, estábamos ya en Madrid, ella nos vino a visitar, eran las 9 de la noche y nos sentamos a cenar Emilce (su mujer), mi madre, yo, y no había llegado mi hija menor que tenía que estar para la cena con la abuela. En eso se abre la puerta y entra mi hija menor, ya siendo tarde, yo creo que serían alrededor de las 9 y media. Entonces, antes que dijéramos nada, mi madre miró un reloj en la pared y dijo: “ese reloj adelanta”... Todos nos quedamos convencidos que no era una maniobra conciente sino que era algo que ella creía, realmente para limar asperezas dentro de la familia. Así que yo trato de tener algo de mi padre y mucho de mi madre; me sale muchas

veces más de mi padre que lo de mi madre, pero si yo tuviera un ideal sería eso, el de poder limar asperezas, el de convivir y no crear conflicto. Lamentablemente siento que no soy así, que tengo rasgos de mi padre, en el sentido de ser muchas veces frontal. Con el paso del tiempo creo que lo he suavizado. En una época me encantaba polemizar, como a mi padre le gustaba, porque las reuniones familiares, eran reuniones de polémicas,...yo no se si Uds. conocieron a mi hermana Silvia Bleichmar. Silvia era todavía mucho más polemista que yo, realmente todos sabían que era alguien temible para tener enfrente y de una generosidad enorme, enorme, con la gente a la cual ella apreciaba. En casa se creaban unas discusiones entre mi padre, Silvia y yo; menos mi hermano Norberto que era, en su bondad, contemporizador y mi madre ahí, haciendo equilibrio tratando de que las cosas no pasasen a mayores

¿Acerca de que polemizaban?

Absolutamente de todo, absolutamente de todo, no sé, mi impresión es que mi padre lo creaba, era capaz de tomar un tema y empezar a discutirse sobre ese tema y crear posiciones...

¿Te hacia pensar, quizá era estimulante?

Era estimulante y al mismo tiempo exigente en el sentido de no cometer errores lógicos; era muy exigente, miraba con una cierta ironía si uno entraba en contradicción con los propios argumentos.

Un científico...

Pese a que era un hombre que no había tenido educación, había emigrado a la Argentina a los 15 años y se había hecho solo realmente. Pienso que fue un modelo que sigo admirando a pesar de que no quisiera ser como él en ciertos rasgos cáusticos... más conflictivos que él tenía. Me podía decir con enorme tranquilidad una frase muy descriptiva, pero que realmente podía llegar a lastimar. Yo pienso que esas experiencias fueron importantes porque nos daba mucha confianza, él nos dio muchísima confianza en que teníamos que ser nosotros... ahora al decir esto, me siento incómodo porque es el autobombo, pero es la realidad, creo que me marcó.

Me marcó también la escuela primaria, fui a una escuela primaria de la cual estaba muy orgulloso de pertenecer, tuve siempre la sensación de que era un privilegio pertenecer a esa escuela. Al mismo tiempo ahí viví lo que era la discriminación, porque era una escuela del Estado en donde se enseñaba religión y a los que éramos judíos o protestantes, que éramos muy, muy poquitos, nos daban una clase de moral. La clase de religión se daba en el horario normal, mientras que a ese grupito que éramos desde primero a séptimo grado, los judíos y los protestantes, parece hasta irónico crear esa categoría, nos mandaban en la hora de matemáticas, a clase de moral. Era una discriminación porque yo sentía que me perdía una clase y además hacíamos un grupo separado. Al mismo tiempo, nos daba una identidad. La profesora de moral que era una mujer religiosa, muy católica, nos brindó una moral que yo apreciaba, que era muy, muy válida. No era una moral basada en la obediencia a Dios, o en el respeto a Dios, en la creencia de las religiones, etc. sino sobre principios éticos de comportamientos, de cómo teníamos que ser. Creo que esa mujer me marcó, realmente...

Yo idealicé mucho todas las escuelas e instituciones de aprendizaje en las cuales estuve, la escuela primaria me pareció maravillosa, la facultad de medicina me pareció absolutamente maravillosa y tenía una sensación de enorme placer de estar ahí...

¿Y el Instituto de Psicoanálisis también?

¡Es una muy buena pregunta!(se ríe)...No, no lo pude idealizar... me tocó una época muy distinta de la época actual, la época actual es una época en donde hay mucho respeto por la gente en formación, hay mucha libertad. En mi época nosotros no podíamos, como candidatos en el instituto, ir a ciertas reuniones clínicas porque nos decían que los hijos no van a ver la escena primaria, no pueden participar de la escena primaria. Realmente me resultaba difícil idealizar a la institución pero no así a ciertos profesores, por ejemplo, yo tuve a Giloux Garcia Reinoso, a Carlos Mario Aslan, a Willy Baranger, a Liberman. Eran personas que infundían respeto y admiración. Pero, no la institución. Lo notable es que como personas eran una cosa y la institución funcionaba de una manera totalmente distinta. Pasaban varias cosas, primero era un clima muy opresivo, hasta las secretarías administrativas nos trataban como niños. Pero además había otro hecho. Yo primero hice investigación en neurobiología, por ejemplo mi Tesis de Doctorado fue un estudio sobre una membrana receptora de infrarrojo de la serpiente de cascabel. Entonces venía con una formación en ciencias básicas. Incluso cuando terminé medicina hice un año en la Facultad de Matemáticas. Venía con una disciplina y una exigencia de rigor que ahora la reitero. Creo que nuestra disciplina es distinta pero yo venía con esa expectativa y me encontraba con que las discusiones en la Asociación eran asociación libre, es decir, cada uno decía algo que se le ocurría sin ningún fundamento y eso me chocaba...

¿Y tú lo manifestabas?

Yo lo manifestaba y me trataban bien...los años de seminario fueron buenos, yo aprendí, agradezco el estudio sistemático de metapsicología psicoanalítica, no sólo hicimos un estudio sistemático de la obra de Freud muy cuidadoso, también de la obra de Melanie Klein. No vimos Lacan en aquel momento, pese a que cuando yo entré en el 66, era el año en que se publicaron los Escritos. Entonces no sabíamos que existía, el nivel de censura era realmente muy importante...No, no era una institución que yo podía idealizar como institución, podía valorar a las personas de la institución, por ejemplo a José Bleger, a mí me hubiera gustado analizarme con José Bleger pero era el analista de Emilce.

¿Con quien te analizaste?

Con Rodrigué, él fue mi segundo analista. Primero me analicé con un analista muy kleiniano, muy, muy kleiniano y que realmente me cuidaba, pero me cuidaba como un analista kleiniano, cuida. Una anécdota que yo la conté en público, y delante de él, hace unos pocos años. Yo tenía 4 sesiones semanales a las 8 de la mañana y a las 9 menos 10 la llamaba a Emilce, para pedirle disculpas por cómo me había comportado la noche anterior... (risas). Era así, rigurosamente así, de modo que era un análisis enormemente culpabilizante. Y a Rodrigué le aprecié por un hecho, cuando empecé a analizarme con él ya estaba condicionado para la autocritica, me acostaba en el diván y empezaba a autocriticarme. Él tuvo una intervención que para mí fue espectacular, más allá después de

que yo haya tenido diferencias con él. La intervención fue: "...parece que le hubieran hecho un lavado de cerebro...", o sea, se dió cuenta de que era un sometimiento y una asunción de identidad en base a determinado aprendizaje que yo había hecho, aunque nunca lo criticó a mi primer analista ni mucho menos. Para mí fue muy, muy importante porque a partir de ese momento me sentí menos culpable. Entonces a cada uno le agradezco algo. Por ejemplo mi primer analista era muy riguroso en el deseo de conocer el funcionamiento del psiquismo, él trataba de entender lo que me pasaba, lo que pasaba dentro de mi mente. Su modelo era un modelo técnico culpabilizante, pero porque era una época kleniana dura, con una técnica muy, muy dura.

¿Cómo fue que te decidiste a ser psicoanalista y pasaste de estar investigando la retina de la serpiente a la mente humana...?

Específicamente no era la retina, es un receptor de infrarrojo; la serpiente cascabel tiene entre la fosa nasal y el oído una membrana que le permite cazar, es un cazador nocturno en la oscuridad, por el calor que irradian los pequeños roedores. Es una maravilla de la naturaleza, y sigo conservando ese entusiasmo por las cosas de la naturaleza. Yo trabajaba en neurobiología, en neurociencia, trabajaba sobre neuronas, metía un electrodo dentro de una neurona, cuestiones que todavía me siguen apasionando. Pero en determinado momento... yo creo que la racionalización era que quería entender el funcionamiento global en vez de una neurona. Mi impresión es que estaba muy perturbado y que necesitaba salir de ese nivel de obsesividad de la investigación, en el cumplimiento, en el nivel de trabajo, de una cosa que me agobiaba y no lograba entender. Creo que eso fue una motivación para buscar la psiquiatría y después el psicoanálisis.

¿Y cual fue tu primer contacto con el psicoanálisis?

Fue con la psiquiatría y me interesó muchísimo. Un amigo mío me orientó y me dijo que me tenía que analizar, que era muy interesante el análisis, me lo presentó de esa manera. Entonces me interesó. Leí a Freud, me cautivó la interpretación de los sueños no porque mostrase cómo funcionaba el psiquismo sino por la creatividad que había en la interpretación de los sueños, me parecía de un genio monumental, de una imaginación poderosa. Eso me atrajo, además que empecé a ver que yo podía comprenderme y comprender a la gente. Estoy convencido que sin el instrumento psicoanalítico yo no habría comenzado esta entrevista diciendo que es un autobombo, sabiendo que hay un nivel importante de exhibición narcisista...Entonces lo que a mí me apasiona del psicoanálisis es el autoanálisis, me apasiona tanto como el analizar o en muchos momentos más. Creo que lo que nos da el psicoanálisis a nosotros es una capacidad de auto-observación irónica sobre nosotros mismos, continua, y esa es una de las cosas que más aprecio...Es un compromiso con la verdad. Todo eso me fue fascinando...

¿Cómo fue evolucionando tu pensamiento? Cuando saliste del Instituto, ¿eras un psicoanalista de qué orientación?

En cuanto a la formación, era muy Freudiano. Todo el instituto era muy kleiniano y junto con un amigo, Eduardo Colombo que está en Paris, éramos los dos únicos Freudianos en nuestro grupo de seminario que éramos 12; el resto era realmente kleiniano. Yo era Freudiano, que es una forma de decir, a mí me interesaba la clínica de Melanie Klein, no la técnica terapéutica, me parecía una clínica muy notable en el estudio de los movimientos afectivos en el pasaje de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva; pero mi base teórica era Freudiana y después nos enteramos que existía Lacan y constituimos el primer o segundo grupo que estudió Lacan en la Argentina con Jorge Canestri, Emilce, otra amiga y yo. Me interesó pero me produjo mucho rechazo intelectual, además de rechazo afectivo. porque me parecía que manipulaba los conceptos al servicio de mantener una situación de poder, me molestaba la manipulación de los pacientes, pero me interesó muchísimo que él mostrase... creo que fue el primer contacto que yo tuve con alguien que trascendía un cierto realismo ingenuo de creer que nosotros los psicoanalistas aprehendíamos la realidad viéndola. Él mostraba el deseo del analista como algo que marca la escucha y eso me pareció interesante.

¿Parece que no te sentías muy identificado con tu Asociación?

No, no me sentía..., a tal punto que Emilce y yo renunciamos a la Asociación Psicoanalítica...

¿En qué momento fue eso? Cuéntanos...

Fue en un momento de mucha convulsión política en Argentina, sentíamos que el psicoanálisis estaba al margen de la sociedad, que estaba enclaustrado, que la institución era una institución muy dogmática, y entonces resolvimos irnos. Fue una salida de juventud que nosotros lamentamos muchísimo con Emilce pero que nunca tuvimos el valor realmente de rectificar hasta que se dio una circunstancia muy favorable. Un amigo, Bruno Winograd, le habló a Cesar Garza Guerrero de México, que es un hombre muy inteligente, lo aprecio muchísimo... y Cesar Garza Guerrero le habló al que era Presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Monterrey para que nos invitase a ser miembros y de esa manera poder pertenecer de nuevo a la IPA. Lo recibimos con alegría, porque nos daba el empujón para un movimiento que no habíamos tenido el valor de hacer, de volver. Nos iban a hacer miembros de la Asociación Psicoanalítica de Monterrey, no nos pedían nada, pero yo me sentía obligado a darles una constancia de que había terminado en la Asociación Psicoanalítica Argentina. Mandé una carta a la secretaría administrativa diciendo si me podían dar el certificado explicando para qué, y a los pocos días recibí un correo de Abel Fainstein diciéndonos que las cosas habían cambiado mucho en la Asociación Psicoanalítica y que por qué no volvía... Con Emilce, sentimos un agradecimiento monumental hacia Abel y el resto de la Asociación, y volvimos contentísimos realmente! Era el orgullo que nos impedía volver, porque pienso que era orgullo, no más que eso,... o miedo a que si queríamos volver, que nos fueran a rechazar... Quizá ahora estoy siendo excesivamente duro conmigo, pienso que más bien era miedo... algo así como "y ahora quieren volver..." Sí, creo que era sobre todo miedo. Entonces volvimos y a partir de ese momento fue fantástico. Fue el reencuentro con viejos amigos y con una institución diferente de aquella en la que nos habíamos formado.

¿Cuántos años estuvieron fuera?

Muchísimos, nosotros renunciamos si mal no me recuerdo en el 71 y volvimos en el 2002 más o menos, entonces estuvimos muchísimo tiempo fuera.

Y que piensas tú, con qué tuvo que ver ese retiro de tantos años...

Tenía que ver con una Institución que era muy vertical, realmente autoritaria, tenía que ver con una experiencia que tuve en el primer año de seminario, yo sentí que los profesores me querían, yo tenía buenas calificaciones, era estudioso y en primer año se nos había encargado una monografía sobre el trabajo del desplazamiento y lo hice con mucha rigurosidad, con la bibliografía, con las citas, con todo lo que yo estaba acostumbrado a hacer. Entonces la que era la profesora en ese momento vino y dijo; “¿qué le pasó Hugo?, usted siempre tan ubicado y ahora se desubicó, porque cuando a un alumno se le pide una monografía sobre la vaca y escribe sobre la biología de la vaca, entonces...”- dijo textualmente- “¿si a tal a otro compañero le pongo un 10 a usted cuanto le tengo que poner? 14?”. Y yo me quedé anonadado porque realmente había hecho un trabajo como los que estaba acostumbrado, yo publiqué trabajos sobre ciencia, trabajos en algunas revistas extranjeras antes de entrar a la Asociación Psicoanalítica. Los compañeros me defendieron y le dijeron “entonces póngale 10”...el que me defendió, que era ayudante en ese seminario, fue el primer analista de Emilce. Gracias a eso saqué un 8...

¿La profesora lo vio como una ostentación intelectual?

Posiblemente, tienes razón... pero yo me quedé ahí muy tocado y seguramente dolorido y después en tercer año me propusieron publicar eso en la revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina, les dije que yo lo quería mejorar y al final nunca se publicó. Pienso que esas experiencias actuaron...

Como si te cortaran las alas...

Pienso que sí... sentía que tenía que pensar, lo que había que pensar... Pero creo que también se mezclaron cosas personales, una necesidad de libertad intelectual, una ofensa narcisista que la debo haber sentido sin lugar a dudas, más un espíritu de un grupo de gente que estábamos en la izquierda y que pensamos que el psicoanálisis debía tener mayor compromiso social. Emilce, que siempre fue muy querida en seminario, también se sintió incómoda en la institución. Entonces resolvimos irnos con un grupo, lo lamentamos y al mismo tiempo tuvo una ventaja, ganamos y perdimos, porque ganamos en libertad intelectual, empezamos a escribir lo que queríamos. Seguimos produciendo intelectualmente en soledad, no para pertenecer, porque siempre con Emilce hemos cuestionado mucho el escribir para pertenecer, pero nos faltaban los interlocutores de nivel que tiene la Asociación Psicoanalítica. Éramos profesores, maestros formábamos gente, pero ese intercambio con gente de nivel, nos faltaba.

Pero ustedes además se fueron de la Argentina

Eso fue después; primero nos fuimos de la Asociación Psicoanalítica y en el 76, con la dictadura, migramos, realmente por una de esas experiencias...

¿Sufrieron algún efecto directo de la represión?

Bueno, nosotros habíamos creado el Centro de Docencia e Investigación la Federación de Psiquiatras, una institución de enseñanza de cuya dirección participaba junto con otra gente, era uno de los profesores, teníamos muchísimos alumnos. Un día entró la policía, no cuando yo estaba dando clase y se llevó a unos amigos...Fue así que decidimos irnos a Venezuela. Ahí nos acogieron bien, yo organicé el postgrado de terapia familiar y Emilce un postgrado de psicoterapia infantil. Pero la situación de Venezuela era una que a nosotros no nos satisfacía, un país muy, muy difícil. Entonces resolvimos migrar, teníamos mucha intranquilidad de volver a la Argentina, con esos vaivenes políticos en que si hay democracia, después hay una dictadura. Se sentía mucho miedo, y hubo gente en España que nos acogió bien y tuvimos grandes oportunidades.

Hugo cuéntanos algo sobre la evolución de tus ideas, acerca del hombre, la técnica y teoría psicoanalítica. ¿Cuáles son los principales hitos?

Siempre ha habido trabajos que me impresionaron y que marcaron líneas que veía como promisorias. Cuando leí un libro de Chomsky sobre la estructura modular de la mente, estudié bastante a Chomsky en lingüística, el hecho de que él mostrase que con unas pocas reglas se creaban infinitas frases, que se tenía que dar una articulación entre el componente semántico, el componente fonológico y el componente sintáctico, y que cuando pronunciamos una frase, resultaba que ahí se articulaban tres componentes, con orígenes diferentes dado que la fonología es propia de cada lengua, el componente sintáctico es propio de cada lengua, y que al generar una frase final todos eso se está articulando. A mí me brindó la idea de que el psiquismo funciona también por la articulación de múltiples componentes. Eso es algo bastante importante para mí, y la idea de las transformaciones (de Chomsky), de cómo se pasa de la estructura profunda a la estructura de superficie me pareció que era una metáfora interesante -yo no creo en la transposición de un campo a otro campo- para el psicoanálisis de cómo se traslada lo inconciente a lo conciente, y la posibilidad de que haya transcripción, que haya una referencia de un nivel a otro, con reglas de transformación. En ese sentido Chomsky realmente me inspiró no porque crea que su gramática generativa se pueda aplicar a la comprensión clínica pero sí que un todo resulta de articulación de componentes con distintos orígenes, con módulos que regulan el psiquismo -sexualidad, narcisismo, auto-hetero-conservación, apego, regulación psicobiológica- en una interacción compleja.

Y con respecto a la técnica psicoanalítica, ¿cuál es tu opinión?

Pienso que los esquemas no permiten abarcar la diversidad de los pacientes y mi primera preocupación nunca fue sobre la técnica. Para mí la técnica es subsidiaria de la

comprensión del psiquismo; si uno comprende el psiquismo y lo quiere cambiar en determinada dirección, uno tiene que utilizar ciertos instrumentos técnicos, de modo que la técnica es una derivada, un instrumento dependiente de cómo uno entienda el funcionamiento psíquico.

En la supervisión que hiciste en el congreso (FEPAL) tus comentarios hacían pensar en la psicología del self ¿es ese marco referencial importante en tu práctica?

Yo fui tomando de cada uno de los autores del psicoanálisis, algo que me interesó. Me interesó Freud, me interesó Klein, me interesó Lacan, me interesó Kohut. Más allá de las limitaciones, del esquema Kohutiano, más allá de que las derivaciones del movimiento evidencian una pérdida del interés por lo intrapsíquico, me pareció que él mostró algo verdaderamente importante: que el sufrimiento humano hace que la gente apele a formas que son patológicas pero que uno tiene que estar conectado siempre con el sufrimiento que esta detrás de esas formas patológicas y que mucha de esas formas patológicas, son realmente formas de sobrevivir. Además de enfatizar el papel de los padres, de la realidad externa, del analista en el origen de traumas al narcisismo. Fue un retomar ideas de otros psicoanalistas, pienso en Ferenczi por ejemplo, tratando de darle un marco más amplio. Me interesaron los relacionistas, los intersubjetivistas. Coloco a distancia a Lacan por el cual tengo animadversión....

Ambivalencia tienes también porque te gustan algunas cosas...

Seguro, mucha ambivalencia, pero básicamente animadversión, yo reconozco que tengo ambivalencia, pero mi ambivalencia no está equilibrada. Con los demás sí es ambivalencia, cada vez que doy clases y critico a Melanie Klein inmediatamente me siento mal porque me veo como injusto, y a continuación muestro lo que ella en realidad nos aportó. No, con Lacan no tengo ambivalencia, aunque le reconozco méritos intelectuales.

Y tu técnica ¿ha cambiado?

Muchísimo, muchísimo, y sigo evolucionando. Cada vez me veo más como alguien que tiene que ayudar a los pacientes a profundizar en la auto-observación, en la auto-observación tolerante, es decir, una auto-observación irónica y cariñosa; una ironía cariñosa, porque hay una ironía cruel, una ironía narcisista y una ironía cariñosa. Que se estén continuamente auto-observando, diferenciándose de mí, que me puedan cuestionar. Mi impresión es que ese es un remanente del placer por la discusión...A mi me encantan los pacientes que me discuten, tengo que refrenarme porque tiendo a estimular eso y a veces no es lo que necesitan. Entonces cada vez más me siento como alguien que tiene que ayudarlos a auto-observarse y a observar a los demás, y así reconocer el ambiente que les pueda resultar perjudicial, tóxico. Saber elegir los ambientes en que ellos se puedan desarrollar mejor más que la superación de todos los conflictos, eso es un ideal. Yo utilizo una metáfora, que para mí es muy descriptiva: si yo soy un albino que no se me ocurra ir a vivir al Amazonas, tengo que ir a vivir a un país nórdico. No puedo dejar de ser albino,

pero al menos puedo saber cual es el ambiente adecuado para que mi característica no se convierta en algo perjudicial.

¿Cómo sueñas el psicoanálisis en el futuro, que va a pasar con él?

Mira, estoy muy preocupado por el psicoanálisis, muy preocupado por el psicoanálisis como movimiento. Es terrible la pérdida de poder. Mi hija terminó psiquiatría en un programa de residencia en Harvard y de los 17 residentes que son gente de primera línea, ella fue la única que quiso entrar al Instituto Psicoanalítico hace un año... Eso es un indicio. En Boston quedó prácticamente como el único lugar con fuerte influencia psicoanalítica el hospital McLean. Así pasa en todo Estados Unidos, se ha perdido presencia en las universidades, en los hospitales...

Por otro lado el psicoanálisis se ha vuelto un elemento central de la cultura.

Si, pero no domina el panorama cultural como lo fue en una época, para nada. Yo tengo una confianza enorme en el desarrollo de la teoría, de la clínica psicoanalítica, eso avanza, avanza y cada vez es más compleja, más sofisticada, más efectiva, ahí no hay ningún declive, por el contrario, hay progreso. Hay un progreso también en la democratización de las instituciones, pero hay retroceso en la influencia y poder social, es como si la historia nos agarrase a contramano: en la época en que éramos peores teníamos más poder y ahora que somos mucho mejores en teoría, en clínica, en técnica, en formación dentro de los institutos, en democratización, estamos perdiendo por otro lado.

Alguna vocación no cumplida, algún sueño...

A mi me hubiera gustado ser un psicoanalista que estuviera en un pueblito con una Universidad y que pudiera dedicar la mitad del tiempo a la Universidad y la mitad del tiempo al psicoanálisis clínico.

¿Y donde se enseña mejor el psicoanálisis, en el Instituto, la Universidad...?

No, en la Universidad no se puede enseñar. Yo creo en los institutos, el psicoanálisis se debe enseñar en los institutos.

Requiere de esa autonomía la formación entonces...

Requiere de que se puedan establecer reglas de una formación integral, que son las reglas de los institutos, pero en la Universidad no se puede. Por ejemplo nosotros enseñamos el psicoanálisis en la Universidad con total libertad, los Jesuitas han sido maravillosos para nosotros en Madrid, les mandamos todos los años el programa, nunca nos han hecho ninguna observación, podemos hacer absolutamente todo lo que queremos pero nosotros no le podemos pedir a la gente que se analice, son estudiantes de la Universidad, nosotros podemos hablarles pero no les podemos decir que se analicen, no les podemos decir que supervisen a sus pacientes. No podemos dar una formación sistemática como se da en los

institutos. La ventaja que nos da la Universidad es que nos somete a la competencia, al intercambio de ideas e impide realmente que uno funcione como una secta, donde al final todos hablamos lo mismo. Lo ideal es el instituto para formación pero con apertura a la Universidad, la combinación, el modelo mixto, que la gente que está en los institutos esté también en la Universidad y que tenga que polemizar con los cognitivistas, y con el resto de las otras orientaciones en psicología.. Así nuestras verdades serán cuestionadas y estaremos obligados a dar respuestas a esos cuestionamientos.